

# LA LECTIO DIVINA FUNDAMENTO DE LA ORACION Y DE LA VIDA MONASTICA A LA LUZ DE LOS CONSEJOS DE SAN JERONIMO

CuadMon 38-39 (1976) 333-346

*Sor Cristina de la Cruz de Arteaga, o.s.h.  
Santa Paula de Sevilla.*

## La lectio divina unida a los orígenes del monacato

Cuando el gran San Antonio, "el padre de los monjes", a poco de morir sus padres, en los albores del siglo IV (él tendría unos 18 años) entró en la iglesia meditando en la plenitud de esperanza que suponía el desprendimiento de los apóstoles y de los primeros cristianos al dejarlo todo por Cristo, se encontró con que estaban leyendo el Evangelio: "Si quieres ser perfecto, ve a vender lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sígueme". Entonces Antonio, según San Atanasio, su biógrafo<sup>1</sup> "como si aquellas palabras hubiesen sido leídas especialmente para él, salió enseguida de la iglesia e hizo donación a los aldeanos de sus posesiones, reservando sólo una pequeña cantidad para su única hermana, se la encomendó a unas vírgenes de toda su confianza y, libre de todo cuidado, emprendió, frente a su misma casa una vida de ascetismo y de intensa mortificación".

Y añade estos datos preciosos: "*Trabajaba con sus propias manos, destinando el fruto a su sustento y a los pobres. Oraba con mucha frecuencia, ya que había aprendido que es necesario retirarse para orar sin cesar. . . ponía tanta atención a la lectura, que retenía todo lo que había leído, hasta tal punto que llegó un momento en que su memoria suplía los libros*".

Así, desde sus orígenes, al caer la semilla en tierra buena, quedó trazada en cuatro rasgos la simplicísima belleza de la vida evangélica en sus valores fundamentales: ORACION, TRABAJO, LECTURA, RETIRO CON SILENCIO. Son cuatro pétalos de un mismo trébol. Y veo que sólo con narrar este hecho tan primitivo he descrito el poder de la palabra de Dios, captada a tiempo, recibida por un corazón noble, lleno de buena voluntad, sobre el que sopla el Espíritu de Dios.

Me decía un día un médico a quien consultaba un caso de "inedia". "Tan milagroso es que un muerto resucite, como que un vivo viva sin comer". Por eso estos ascetas de primera hora, por muy austeros y carismáticos que fueran, tuvieron que sujetarse a una ley universal. "El que no trabaje que no coma" les decía el Apóstol y Antonio recogió su sentencia y decidió trabajar para comer. Pronto descubrió que el trabajo era una manera muy útil de aliviar la soledad, de dar al cuerpo la actividad que necesita, de hacer más fácil la oración, más gustoso el descanso, aunque fuera en dureza, de tener con qué seguir dando a los pobres.

El alma necesitaba también su alimento. "No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra caída de la boca de Dios" (Deut 8). La Iglesia, todavía niña, "cuando aún estaba caliente la sangre de Cristo" (S. Jerónimo) se alimentaba de sus palabras, de sus hechos, prefería a todo la pura harina de los evangelistas y de los apóstoles.

<sup>1</sup> Vida de San Antonio, Cap. 2, 4. PG. 26, 842-845.

Esas almas fuertes, llamadas a seguirle a la soledad y a orar con El en el monte, huyeron al desierto llevándose el Salterio y el Nuevo Testamento "como quien encuentra un rico botín".

### El tesoro del desierto.

Las Escrituras fueron toda la riqueza espiritual del yermo, su guía, su luz: "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero" (Salmo 118, 105). Aquellos varones que sucedían a los mártires en el deseo de dar el testimonio de la fe, por el largo martirio de una vida inmaculada, no iban solos en su empeño. Dios los había ungido, los había sellado y puesto en sus corazones, como prenda suya el Espíritu (2 Co 1,21,22) y de la *conjunción fecunda de la Palabra y del Espíritu, en la soledad, nació la lectio divina* de los monjes, algo que no era una lectura cualquiera, que era el germen de toda oración, un conjugarse el rocío del cielo con la fertilidad de la tierra, un hacer efectivo en el corazón humano lo que dijo Yavé por Isaías: "Como baja la lluvia y la nieve de lo alto del cielo y no vuelven allá, sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión" (Is 55,9 a 11).

Cumplió su misión de sustento y fortaleza, porque el "pan celeste de las Escrituras" (Ep. 78, 5, A Fabiola). Fue para aquellos siervos de Dios, tan mortificados en sus manjares, algo así como el pan cocido que un ángel sirvió, al despertarle, a Elías desfallecido y que le dio fuerzas para caminar, cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios Horeb (Cfr. 1 Reyes, 19,8).

La simiente para sembrar fue tan eficaz: "las palabras que yo os he hablado —había dicho el Maestro— son espíritu y vida", que en su asimilación cuajó la vida monástica con tal fuerza explosiva que los discípulos de San Antonio Abad, en el desierto de Egipto, llegaron a ser unos 6.000, poblaron las dos márgenes del Nilo, se extendieron hasta la Nitria, donde se distinguió Ammonio con otros 5.000. Brotaban torrentes de la roca, lirios en la soledad. No era sólo el número, era la calidad del fruto.

### Frutos de la lectio divina en el desierto

Surgía la literatura del yermo. El espíritu oculto en ese primer peldaño de una escala santa: Lección, meditación, oración, contemplación... iba haciendo su obra, creando profetas y amigos de Dios, concedores de sus secretos. Florecían los famosos *apotelesmas*, *los dichos de los Padres*, que tenían sus raíces en la Escritura, pero que se esponjaban en un medio ascético, al contacto de la ciencia vivida, que es la experiencia, y al calor de una asidua oración.

Se cuenta del Abad Teodoro, por ejemplo, notable por el conocimiento de las Escrituras, que persistió, una vez, 7 días y 7 noches en oración para esclarecer un texto que le era oscuro, hasta que mereció conocer la solución deseada. Y decía que el monje que suspira por conocer a fondo las divinas Escrituras, no debe preocuparse tanto de hojear los comentarios, cuanto de enderezar todo el cuidado de su espíritu y el ardor de su corazón a depurarse de vicios y pecados. Porque el Espíritu Santo no las ha inspirado para que permanezcan misteriosas y ocultas. Es el velo de nuestra miseria el que las nubla a los ojos del corazón: "a estos —decía— una vez llegados a la

santidad, la sola lectura de la Biblia les basta para contemplar la verdadera ciencia y no necesitan de las explicaciones de los exégetas.<sup>2</sup>

Los Libros santos eran *las cartas de amor* escritas por Dios a los hombres, antes de haberles hablado por su Hijo, el Verbo encarnado. Más aún, eran el Sancta sanctorum del santuario al que había que acercarse, como a la zarza ardiente, purificado y descalzo. ¿Qué mejor memorial de sus beneficios? ¿Qué mejor exposición de sus maravillas? Al extender sus rollos, al traspasarlos al corazón, el solitario se ponía en comunicación con Aquel que abre la primera página del Génesis: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra" y entraba en la esperanza de la promesa, en esa llamada de toda la Escritura que cierra el sagrado libro del Apocalipsis: "Ven, Señor Jesús".

¡No bastaba leer esas palabras tan sustanciales! Era menester aprenderlas de memoria, gustarlas, saborearlas, masticarlas, hacerlas sustancia del propio ser. Además, ¿cómo proveer de textos a esa multitud de monjes que necesitaban la multiplicación milagrosa de los panes y los peces? La memoria era el arsenal de toda la riqueza escriturística. Prodigiosa fue la memoria de Antonio y de sus discípulos, no digamos la de Pacomio y los suyos, aunque este gran legislador egipcio emprendió la lucha contra el analfabetismo e hizo cuanto estuvo en sus manos para que su grey se alimentara a pasto en el prado de las sagradas Escrituras.

Y ya que cito al que llamaba San Jerónimo —su traductor— "nuestro padre San Pacomio", ¿cómo no hacer notar que de su *lectio divina* hizo *norma de vida celestial*? Cuenta la tradición que un ángel le dictaba su famosa *Regla*, para los solitarios, pero que él no asentaba nada sin comprobarlo con la verdad de las SS. Escrituras.

Me parece que no exagero si digo también que de esta lectura continua, fiel, amorosa, de este rumiar "a modo de bueyes espirituales" —que dice gráficamente San Jerónimo— el trigo candeal de la palabra divina salió también molida *la flor de harina de la doctrina patristica*, la que convive en nuestro Oficio de Lecturas con los mismos libros santos para alimento de la plegaria y enseñanza de toda la Iglesia al cabo de los siglos.

¡No es una mera fantasía, es una realidad histórica! ¿Cuál es la escuela de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia en el siglo IV? ¿De dónde viene Atanasio sino del desierto y del discipulado de Antonio? ¿Y Jerónimo y Juan Crisóstomo y los dos Gregorios, el Niseno y el Nacienceno, y Basilio, que sintetizará su ciencia de las Escrituras y su experiencia cenobítica en las dos célebres reglas, base de la vida monástica oriental? En ellos la lección de las Sagradas Escrituras se ha hecho fuente luminosa, arma de combate contra las primitivas herejías, regla de vida para los monjes y sus seguidores, aunque permanezcan en el mundo. Ambrosio, que del foro romano pasó al episcopado por aclamación popular, Agustín que viene de su finca de Casiciaco y no ha conocido las austeridades del yermo, tratan de imitarlas en sus sedes, exhortan y legislan con savia evangélica, bebida en el contacto con la espiritualidad del desierto.

¡Cómo ha florecido la humilde *lectio divina* de San Antonio! ¡Cómo se han

---

<sup>2</sup> CASIANO, J. *Instituciones*. Inst. XXXIII - NEBLI 15, pág. 216.

magnificado las sentencias y las reglas de los eremitas en esos maravillosos tratados de los Santos Padres, ricos en el fondo y en la forma! ¡Como que antes de ser ascetas y penitentes fueron, en su mayoría, discípulos de escuelas famosas, criados y saturados en la mesa de los clásicos! ¡O *felix culpa*, aunque la lloren en sus CONFESIONES y los azoten los ángeles!

Entre toda esta cordillera de montes de Dios en los que nevó su Espíritu para dar alimento y bebida a la tierra, nos bastará contemplar una cumbre escarpada, pero rica y fructuosa. Me refiero, sencillamente, a San Jerónimo.

### San Jerónimo aprendiz de la palabra de Dios

El lector insaciable, el Santo que conoció toda la literatura antigua, fue un pobre muchachillo que aborreció los libros, porque la pedagogía de entonces —tan odiosa a San Agustín— estableció el principio, de que “la letra con sangre entra”. ¡Cuántas veces huyendo de la férula del “Instituto” se refugiaba en los brazos de su abuelita!

Agil, travieso, inteligente, recorrió muy pronto la primaria y todo lo que podían enseñarle en su patria rústica de Estridón, donde calculamos que nació hacia el 341. De los 13 en adelante le enviaron a Roma con su amigo Bonoso, a formarse en el *trivium* y en el *cuatrivium*. Superó brillantemente la gramática, la retórica, la dialéctica, prestó poca atención a la filosofía, amó la historia y la literatura. “El cántaro nuevo —dirá él mismo— conserva por mucho tiempo el sabor y el olor del líquido que le impregnó primero” (Ep. 107,4. A Leta. Cit. a Horacio Ep.1,2.69 s). Los grandes prosistas y poetas latinos le impregnaron para siempre de su sabiduría y elegancia. Su inseparable Virgilio, Cicerón su maestro... En el aprendizaje de la palabra humana Dios limaba su instrumento para el estudio de la palabra eterna.

La señora del mundo le recibió en una época de transición, cuando el emperador Constancio —único superviviente de los hijos del gran Constantino— tan pronto protegía a los cristianos como a los arrianos. En la joven Iglesia de Cristo crecían juntos el trigo y la cizaña. Los neófitos se bautizaban tarde, por temor a la fuerza de las costumbres paganas; Jerónimo, que confiesa haber probado la copa de los placeres, no bajó al baño bautismal hasta los 18 o 20 años. Tenía el orgullo de haber recibido la fe romana de manos del Papa Liberio.

Dueño de una carrera, de un estilo, de una biblioteca clásica, escrita por su propia mano y grabada en su corazón, que no la olvidaría nunca, Jerónimo, con su fiel Bonoso, emprendería un viaje de ampliación de estudios a las Galias “donde eran floridísimos”, allí, con la gracia de su bautismo, comenzó a gustar de los autores cristianos, emprendió la copia de las obras de San Hilario, al que llama “el Ródano de la elocuencia latina” (Comm. ad Gálatas. Pref. del lib<sup>o</sup> II) y aprendió a distinguir “la fe de los tiempos” (la que buscaba fórmulas de acomodación con los arrianos) de “la fe del Evangelio”. Ya en Tréveris, la corte de Valentiniano, Jerónimo empezó a catequizar a Bonoso en pro de esa vida monástica que florecía en el Oriente y decidieron, por de pronto, volver a su patria. La encontraron inculta y acamparon en la cercana Aquilea, favorecidos por “un coro de bienaventurados”, dedicados al cultivo de la sabiduría. El centenario Pablo de Concordia tenía una copiosa biblioteca, animó a Jerónimo a mejorar su griego, le dio a conocer a Tertuliano, a Cipriano, a Hipólito, a Orígenes. Aquello era un oasis de paz, pero una súbita tormenta dispersó a aquellos elegidos: Rufino se fue a Egipto, Bonoso a hacer penitencia en una isla del Adriático, Evagrio e Inocencio a Antioquía, Jerónimo

emprendió un viaje de dos años, dejando patria, padres, hermana y una buena mesa, pero sin prescindir de su biblioteca, camino de la Siria.

Rendido por el esfuerzo llegó a Antioquía, recibido con los brazos abiertos en casa de Evagrio. Allí su poca salud, los buenos amigos y los libros, un intento de retórica, retrasaron otro año sus proyectos de ascetismo. Y he aquí que una epidemia se llevó a Inocencio y a Silas, que tanto le acompañaban, y él, a solas con sus pensamientos, padeció unas altísimas fiebres que le pusieron a las puertas de la muerte. Parece que entonces es cuando sufrió el famoso sueño, reflejo de las luchas que combatían su alma: "después de las largas vigiliias de la noche, después de las lágrimas que me arrancaba el recuerdo de los pecados pasados, tomaba en las manos a Plauto. Si luego volvía en mí mismo y me decidía a leer un profeta, aborrecía su lenguaje inculto y porque mis ojos cegados no veían la luz pensaba que la culpa no era de los ojos sino del sol" (Ep. 22,30). Creían los demás que se moría cuando fue conducido al tribunal de Dios e interrogado acerca de su condición: "Soy un cristiano", respondió temblando. "Mentira. Eres un ciceroniano". Y mandó el juez que le azotaran duramente. "Donde está tu tesoro allí está tu corazón". El reo, atormentado aún más por el fuego de la conciencia clamaba: "¡Ten misericordia de mí, Señor, ten misericordia de mí!" Los que allí estaban intercedían por él, pidiendo al juez diera lugar a la penitencia. "Señor —gemía el culpable puesto en tanto aprieto— "Si alguna vez tengo entre manos los textos profanos, si los leyeré... es que te negué". Despedido después de este juramento, volvió en sí sintiendo las llagas de sus espaldas amoratadas y en adelante —afirma— "*leí las letras divinas con un afán que antes no había puesto en las humanas*".

Dios trata a sus siervos "*secundum modum naturae*": Dama Pobreza se desposó tiernamente con San Francisco de Asís. Y con el Beato Susón, la Eterna Sabiduría. Violentamente, como cuadraba a su genio, se apoderó de Jerónimo la Palabra de Dios y lo dejó maltrecho en su camino de Damasco, pero dispuesto a vivir y a morir por ella. ¿Quién nos enseñará mejor que él, lo que significa la *lectio divina*?

### Al servicio de esa palabra acuciante

El tuvo que aprenderlo a su costa. Quince años después (cuando escribía este relato a Eustoquia) no había vuelto a coger un libro profano. Comprendió —con la vehemencia de la conversión— que había querido beber a un tiempo del cáliz de Cristo y de la copa de los demonios. Que se había querido acercar al altar sin que purificaran sus labios los carbones encendidos de Isaías. Y decidió marchar al desierto, dejar parte de su biblioteca en casa de Evagrio, y entregarse a un imponente ascetismo, en el que Dios tomó parte, haciéndole pasar por las más rudas purificaciones del sentido y del espíritu. Sufrió tentaciones crudísimas y se sintió llevado a los coros de los ángeles; hizo la gran experiencia de que los asaltos de la carne, que no cedían ante las más ásperas maceraciones, se dejaban dominar por el ímprobo esfuerzo de aprender la lengua hebrea, sólo por el ansia de poseer la *hebraica veritas*, los libros del Antiguo Testamento en la misma lengua en que los pronunció el Señor.

Cristo lo era ya todo para él: el principio, el fin, el alfa, la omega. Con preocupación veía alzarse, hasta en el desierto, errores contra su fe en la Trinidad, al par que se filtraba el eco de un cisma, por elección de tres obispos contrarios en la iglesia de Antioquía. Escribió cartas suplicantes al Papa Dámaso, que no recibieron contestación. Tuvo que salir apresuradamente del desierto. Entonces volvió a Antioquía,

a escuchar a Apolinar de Laodicea, tan versado en las Escrituras, a perfeccionar su griego. Paulino, el amigo de Evagrio, el obispo que le parece más legítimo, le ordena casi sin pedir su opinión y él está decidido a mantenerse monje a secas, sin carga pastoral, con una vocación que le parece incompatible con el ministerio. Sigue con la pasión de la palabra inspirada, que ve mal traducida al griego y al latín. Paulino le invita a acompañarle a Constantinopla y Jerónimo, eterno viajero, sale para el Bósforo, pensando en las bibliotecas de la Roma oriental, más que en el fasto de sus emperadores y de sus sínodos. Durante tres años será feliz, escribiendo la crónica de Eusebio, que prorroga, traduciendo las homilías de Orígenes, a la sombra de San Gregorio Nacianceno. Hasta que el Patriarca dimite en el famoso concilio de 380 y huye a la soledad y Jerónimo, su amigo, recibe la invitación de dirigirse a Roma, con un pequeño grupo de obispos orientales, los pocos que se dignaron acudir, a ese concilio del 382, convocados por San Dámaso.

### A Roma, a explicar la lectio divina

No sospechaba Jerónimo que en Roma, en lo alto del Aventino, le esperaba un círculo escogidísimo de patricias, de senadores, de clérigos, ansiosos de conocer la vida monástica y las Escrituras. Fabiola se sabía de memoria la carta que escribió, en su loor a Heliodoro. Presidía aquella reunión, en su palacio, la noble viuda Marcela, que, después de perder a su marido en plena juventud y de renunciar a "clarísimos" pretendientes, había vestido, la primera, el hábito despreciado de los monjes y trataba de vivir una vida que le descubrió San Atanasio. . .

Jerónimo venía del Oriente hecho un monje cultísimo, pero un asceta. No quería frecuentar palacios, ni mirar el rostro de mujer alguna. Pero Marcela logró hacerle subir al Aventino, para que diera lo que hoy llamaríamos unos cursillos de Sagrada Escritura.

Allí, además de Marcela, la "estudiosísima", estaban "la venerable Albina", su madre, Sofronia y Feliciania, Marcelina, la hermana de San Ambrosio, virgen consagrada, Lea, una santa viuda, Fabiola, la penitente, de la ilustre familia de los Fabios, la mística Asela, admiración de Roma. Y, sobre todo, Paula, la descendiente de los Gracos y de los Escipiones, joven viuda, de admirable ejemplo, con sus hijas, Blesila, viuda apenas casada, Eustoquia "perla de las vírgenes romanas", Rufina, Paulina. . . San Paulino y San Epifanio habían hallado albergue en casa de estas ilustres matronas. Cuando los obispos volvieron a Oriente, quedó Jerónimo en la Urbe, retenido por el Papa San Dámaso, que le escribía: "no juzgo conversación alguna más digna de nuestra discusión que el tratar entre nosotros de las Escrituras o sea el que yo interroge y tú respondas. A esta luz, creo que no hay vida más gozosa y todas las mieles deben quedar por debajo de este manjar del alma" (Ep. 35,1). No cabe duda que el Papa, tan venerado por aquella aristocracia, de la sangre y del talento, debió bendecir las lecciones que se iniciaban en el Aventino.

¿Qué enseñaría Jerónimo a ese cenáculo, tan convertido a la fe, pero tan hincado en el gran mundo? No podía ni quería enseñarle otra cosa que a Cristo y éste crucificado (Ad Gal 6,14.Ep.XVII a Marcos). Pero es que, para él, Cristo estaba encerrado en las Escrituras: "clausus in littera". ¡Y Cristo lo era todo!

"Cristo es la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios —decía— y quien desconoce

las Escrituras desconoce la fuerza de Dios y su Sabiduría: LA IGNORANCIA DE LAS ESCRITURAS ES IGNORANCIA DE CRISTO" (Comm. in Is. Prol.).

La Biblia, que aquellas damas elegantes y sus familiares le pedían comentara, sin saber a lo que se arriesgaban, era algo más que un libro o que una colección de libros. Era un sagrario que contenía a Dios mismo y por tanto un misterio "un conjunto de misterios" (Ep. 58,9), un sacramento, comparable al de la Eucaristía. "El único bien que tenemos en esta vida —afirmaba valerosamente— es alimentarnos con la carne de Jesucristo, no sólo en la verdad de los Santos Misterios, sino también místicamente, en la lectura de los libros santos, pues la ciencia de las Escrituras es el alimento y bebida del alma recibida en la palabra de Dios" (In Eccles. cap. 3).

Y así entró Jerónimo en el Aventino. Colocando el Libro por excelencia en el centro del santuario, seguro de que sería el puñado de fermento que levanta toda la masa.

No se trataba de iniciar en una simple lectura. Había que orquestar en torno de la Palabra toda una tetralogía bíblica: biblia, liturgia, oración, santidad de vida. Y el tema fundamental, que todo lo ligaría, no sería el estudio sino *el amor*:

"*Ama las Sagradas Escrituras y te amará la sabiduría*" (Ep. 20. A Demetr.). "*Ama las Sagradas Escrituras y no amarás los vicios de la carne*" (Ep. 125,1). "Sólo una cosa ¡oh nacida de Dios! una cosa, antes que ninguna otra quiero decirte y te la repetiré, una y otra vez quiero avisárte la: (Eneida, 3.435), *llena tu alma del amor a la lección sacra* (así la llamaba él) y no recibas en la tierra buena de tu pecho la semilla de cizaña y de avena loca" (Ep. 130,7).

Este era "el tesoro del desierto", el que aquel padre de familias había descubierto en su campo y por el que había vendido todas las cosas. Su perla fina, la que puede ser taladrada por todas partes (Ep. 22,8). Y, usando otro símil: Todas las riquezas de Cristo estaban encerradas en ese jardín de las Escrituras.

No era tan fácil entrar en él, comprender sus secretos. Se necesitaba un guía para conocerlo (Ep. 53,6) ¡Dichosas nuestras antepasadas del Aventino que le tuvieron a él! , se necesitaba sobre todo, en la inteligencia de las Escrituras del soplo del Espíritu Santo (Com in Mich.1,10s). ¡Oh, qué bien lo comprendía este Doctor, que lo había experimentado en su carne y en su espíritu "que hay que entrar descalzo en el santuario de Dios". . .!

Y aquellas jóvenes, criadas entre delicias, iban "traspasando a la ciencia de las Escrituras el amor a las joyas y a las piedras preciosas", tan vivo en la capital del mundo (Ep. 54,11). Iban dejando sus sedas, sus lujos, sus pinturas, avergonzándose de tener las arcas llenas de vestiduras cuando Cristo desnudo moría de hambre a sus puertas, reducían la exquisitez de su mesa, de su lecho, de su vida toda al oír que "la divina Sabiduría no habita en la tierra de los que viven muellemente".

Era un monasterio, una iglesia doméstica, la que se iba organizando insensiblemente en casa de Marcela, con sus viudas y vírgenes consagradas, con sus amigas y simpatizantes, con sus "prosélitos de la puerta". Y el festín que a todos congregaba era, junto con la Eucaristía (Jerónimo alaba la costumbre de España y de Roma de recibirla diariamente), el culto y el amor a las Sagradas Escrituras.

## La base insustituible de la lectura en privado

El maestro era de primera, el auditorio cultísimo, había un entusiasmo bíblico contagioso, pero la base de todo la ponía San Jerónimo en la *lectio divina*, en privado, de una manera constante, humilde, asidua. A Eustoquia, joven de 16 años, le encarecía: "Lee con mucha frecuencia y aprende como la que más, que el sueño te sorprenda con el libro en la mano y que cuando caiga tu rostro, vencido por él, lo reciba la página santa" (Ep. 22,17). "Nunca la lección sagrada se te caiga de las manos", recomendaba a Nepociano (Ep. 52,7).

Es más, siguiendo la tradición del yermo, quería que la lectura fuera tan atenta que se grabara en la memoria. A Rústico, monje, le exigía: "apréndete el Salterio de memoria" (Ep. 125,11) pero a la joven patricia, Furia, se lo pedía también: "págale esta tarea a tu Señor y no concedas descanso a tus miembros hasta que no hayas forrado con esta trama el cestillo de tu corazón" (54,11). Cuando más adelante, escriba a Leta la carta pedagógica sobre la educación de su hija, Paulita, aún desdentadilla, querría que la enseñen a formar palabras con letras de marfil, no escogiéndolas al acaso sino dispuestas para trazar los nombres de los profetas, de los apóstoles, de las doce tribus de Israel, a fin de que, jugando, forme su memoria futura y llegue a poder dominar, en su adolescencia y juventud, el bachillerato bíblico que le traza (Ep. 107).

Todos sus discípulos y discípulas habrían de determinar en su horario qué tiempo darían (¡cuántas horas!) a la lectura sacra "ya por vía de estudio —interesante distinción— ya para deleite e instrucción del alma" (Ep. 130,15), lectura puramente sobrenatural y desinteresada. El efecto de esta lectura se prolongaría durante el trabajo de manos y aún en medio del sueño, que es "oración para los santos", tanto más si lo cortaban dos o tres veces en la noche para *rumiar* lo que habían aprendido de día sobre las sagradas Escrituras.

Todo esto no fue un mito sino una realidad. Aquellas discípulas del Aventino unían en sus jornadas el día con la noche, en oración, en lágrimas, en estudio, en canto litúrgico, "siete veces al día" de la palabra inspirada. Unos ejercicios traían otros y no faltaban días de recreo y de deliciosa amistad. Pero todo ello llevaba a Dios. La lección sacra se había convertido en una ascética y en una mística, porque "el conocimiento de las Escrituras conduce a la vida" (Comm. in Math. 13,37). "¿Qué vida puede haber sin el conocimiento de las Escrituras, por las que se reconoce —como los discípulos de Emaús— al mismo Cristo, que es la vida de los creyentes?" (Ep. 30,7).

¡Buscarle, hallarle, amarle...! En este ambiente, sobaban los casilleros, todo se había unificado: la Escritura era el maná que asumía todos los sabores: "mi oración es tu Salterio" (Tract. in Ps. 143,9). A la oración sucedía la lectura y a ésta la oración (Ep. 107,9). "¿Oras? —preguntaba Jerónimo a Eustoquia— hablas con el Esposo. ¿Lees? El te habla".

"La erudición de las Escrituras engendra vírgenes", afirmaba el maestro (Comm. in Zach. 11,9). Las hacía santas y sabias. Fabiola y Marcela eran incansables exégetas que hasta al mismo Jerónimo le ponían en aprieto con sus encuestas. Eustoquia y su madre, más místicas, se saciaban antes, buscando sobre todo el sentido espiritual: "Yo te pregunto —le decía a Paula el que era ya el director de su alma: "¿Qué hay de más sagrado que este misterio? ¿Qué manjares, qué mieles puede haber más dulces que conocer la Providencia de Dios, penetrar sus secretos, examinar el pensamiento



del Creador y ser señalados en las palabras de tu Señor, que son objeto de burla por parte de los sabios de este mundo, pero que están henchidas de sabiduría espiritual? Allí se tengan otros sus riquezas, beban perlas, brillen con la seda y a fuerza de placeres variados, no sean capaces de vencer su opulencia; sean nuestras delicias meditar en la Ley del Señor día y noche, llamar a la puerta que no se abre, recibir los panes de la Trinidad y, pues va delante el Señor, pisar las olas de este siglo" (Ep. 30,13).

### **Junto a la cuna del Verbo Encarnado**

No deja el siglo pisar sus olas sin que se encrespen. Es una constante en la vida de San Jerónimo —muy parecido en esto a los antiguos profetas— el salir violentamente de todas partes. De Aquilea, del desierto, de Roma. ... Ha pasado tres años sobre el candelero, le juzgaban digno del Sumo Pontificado, pero con la muerte de Dámaso todo se altera, son muchos sus enemigos y envidiosos, la luz que fulgura en el Aventino hiere los ojos ciegos. Y él es un "contestatario", incapaz de llamar blanco a lo negro y negro a lo blanco. La muerte prematura de Blesila, hija de Paula, que su madre llora aparatosamente — ¡la han matado a fuerza de ayunos! clama la aristocracia pagana—, es la gota de agua que desborda el vaso. Es tal la indignación contra "esa raza detestable de los monjes" multiplicada por Jerónimo, que él tiene que huir rumbo a Palestina. . .

Allí le esperaba Dios, en el ámbito donde se desarrolló la historia de su pueblo, en la tierra de Cristo, donde se cumplieron las Escrituras. Paula, su hija Eustoquia y compañeras vírgenes, se le unieron en peregrinación poco después. Juntos recorrieron la tierra santa, leyendo el Antiguo y el Nuevo Testamento en sus propios lugares, siguiendo con apasionado amor las huellas del Mesías. Para "conocer las carnes y aun las mismas venas de las Escrituras" (Trad. in Marc. 4) viéndolas al vivo entre los que latían a sus pulsaciones, visitaron los famosos ascetarios de Egipto, donde Paula hubiera permanecido si los primeros vagidos del Niño Dios, tocando su corazón de madre, no la hubieran llamado en Belén a permanecer para siempre en la adoración del Pesebre donde la Palabra se hizo carne. . .

En esos monasterios de Belén, Jerónimo monaquizó plenamente su experiencia romana. Ayudado por los que le seguían y que la gracia multiplicaba (ellos y ellas) consagró su vida, no sólo a comentar los profetas, los evangelistas, los apóstoles sino ante todo, a la inmensa tarea de traducir los Libros Santos del hebreo al latín, para la que no dudó abordar también el estudio del arameo y del siríaco.

Sus primitivas hijas realizaban todo su programa. Eran "no sólo auditoras sino obradoras de la Palabra de Dios" (St 1, 22). La copiaban, la transcribían, la guardaban en su corazón. Paula era una Biblia viva, que ya no sabía hablar más que con las palabras de las Escrituras y que, transformada a su influjo, se había trocado de patricia romana en humilde conciudadana del Salvador.

Cuando murieron, ella en 404, Jerónimo en 420, legaban a la Iglesia, junto con otras riquezas espirituales, esa obra de la Vulgata que sería su edición oficial de las Escrituras durante largos siglos, su libro de oración y de meditación, la fuente de su teología, su arsenal de combate, "la rica platería —por decirlo con el barroquismo jerónimo— con la que se engalanó la casa de Dios" (Comm, in Ageum II, 17).

## De la *lectio divina* a la lectura espiritual

Los tiempos no eran propicios a esa vida monástica de oración y de estudio que se alimenta con la paz. Con inmenso dolor, diez años antes de morir, vio San Jerónimo la caída de Roma saqueada por Alarico (410), parecía que el orbe entero sucumbía. Los bárbaros sitiaban todas las fronteras del imperio, atravesaban las Galias, pasaban de España a África, eran el dolor de San Agustín moribundo.

¿Quién había de decir que de ese inmenso desastre surgiría un orden nuevo, más cristiano que el anterior? ¿Que un San Pacomio, por ejemplo tendría sus seguidores entre los godos, en las Reglas españolas tan orientalizadas de San Fructuoso, de San Isidoro; que un San Leandro, el fiel amigo de San Gregorio Magno, escribiría a su hermana monja, Santa Florentina, consejos casi calcados de la carta de San Jerónimo a Eustoquia? ¿Y que la Regla de San Basilio tendría su réplica triunfadora en la de San Benito, en Occidente? Todos estos legisladores y sus astros menores daban su lugar a la *lectio divina*, como punto de partida de la oración: “Muchas veces una lección prolongada fatiga la memoria –decía San Isidoro– por eso es mejor leer un párrafo, cerrar el libro y repasar dentro del alma la verdad que se acaba de leer. De esta manera se leerá sin fatiga y la doctrina no resbalará por la superficie del espíritu” (*Sentencias*, lib. III, cap. 15). Sabido es el tiempo y la importancia que da San Benito a las “lectiones sanctas” y con qué agrado quería que se oyeran y leyeran. Ya ordenaba leer en las Vigilias de la noche, no solo el Testamento Antiguo y Nuevo sino “aquellas exposiciones o comentarios, hechos por nombradísimos, ortodoxos y católicos Padres” (*Reg.* cap. IX), entre los que parece que figuraban principalmente, San Ambrosio, San Agustín, Orígenes, San Jerónimo...

El “Doctor máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras”, tampoco había sido exclusivo en su pasión por las mismas. “*Después de las Escrituras Santas* –había recomendado a Furia– *lee los tratados de los varones doctos*, de aquellos, sin embargo, cuya fe es notoria. No tienes necesidad de buscar el oro en el lodo” (*Ep.* 54, 11). Ambrosio, Hilario eran sus preferidos.

¡Nunca faltaron a la Iglesia, en medio de las convulsiones del mundo, esos doctores de su ley, guardadores de su palabra que la comunicarían a los pueblos. Los monjes salvarían “el tesoro del desierto”, miniarían maravillosos códices de la Biblia, al par que Mahoma (622) salía de la Meca, que los árabes destruían los conventos de Belén e invadían España a principios del siglo VIII. Es el siglo de San Juan Damasceno, de San Bonifacio, apóstol de Alemania. En el IX el califato de Córdoba tiene que convivir con los monjes mozárabes que dan varones de la altura de Alvaro y Eulogio de Córdoba. En el X y el XI comienza y llega a su apogeo la reforma de Cluny, que era la magnificación cultural de la Palabra de Dios. Se fundan los camaldulenses, los cartujos, hechos a leer la Escritura con la pluma en la mano. El Císter abre una nueva vena de agua viva que salta hasta la vida eterna y que en el XII (no olvidemos a San Anselmo) fertiliza toda la Iglesia de Dios con los escritos de San Bernardo, biblia pura tamizada en su corazón exquisito. Luego los premonstratenses, las Ordenes militares, que tienen poco tiempo de leer, porque nacieron para el combate, los trinitarios y mercedarios, dedicados a la redención de cautivos.

Luego los premonstratenses, las Ordenes militares, que tienen poco tiempo de leer, porque nacieron para el combate, los trinitarios y mercedarios, dedicados a la redención de cautivos,

En el XIII, el del apogeo pontificio con Inocencio III, el de las órdenes mendicantes, San Francisco será un Evangelio vivo que leerá la *lectio divina* en el libro de la Naturaleza y en el del Crucifijo “descuadrado a tormentos” (Lope de Vega) y Santo Domingo, capaz de vender su biblioteca para socorrer el hambre, como quien leyó, antes que nada en “el libro de la caridad, sentirá que se le enciende la estrella en la frente, cuando medite el Evangelio de San Mateo y las Epístolas de San Pablo, a lea a Casiano, con esa absorción contemplativa que supo captar el Angélico. Sus hijos: San Alberto el Magno, Santo Tomás de Aquino,

derramarán esa ciencia teológica, que fue su carisma reconcentrado, al par que San Buenaventura escribe sus tratados cristológicos, pura esencia del franciscanismo.

Con tales maestros, a medida que avanzan los tiempos, la lección sacra, vertida hacia las Escrituras y los Santos Padres, se va haciendo “lectura espiritual” Se sirve a los lectores la “vita Christi” desmenuzada y digerida. En contraste con cima de Occidente que en el XIV repercute dolorosamente en toda la Iglesia, incluso en la vida monástica, hay un maravilloso vuelo de almas espirituales, que la sostiene y la alimentan con sus escritos: Santa Brígida y Santa Catalina de Siena muy directamente, los místicos flamencos con un dramatismo parejo al de sus tablas primitivas: Eckart, Juan Taulero, Enrique Susón, Ruysbroquio el admirable... ¡Sin olvidar nuestro Raimundo Lulio! Quizá el poder de sus oraciones determinará el fin del cisma en 1417. Y las reformas de las órdenes antiguas, a las que se anticipó la resurrección de la vida jerónima, en España e Italia, tan dada a la interioridad, a la lección de las Sagradas Escrituras. Es luego el gran siglo XV, en el que muere Tomás de Kempis, dejando a los espirituales, aun a los más sencillos, una lectura inmortal. El descubrimiento de la imprenta, que favoreció a los reformistas, esparce sabiduría celestial, permite que se conozcan obras manuscritas, guardadas en las bibliotecas monásticas. En lo material y en lo espiritual se descubren nuevos mundos. Corren los escritos bíblico-litúrgicos, saturados de misticismo de las monjas de Helfta, Santa Gertrudis va a ser patrona de un nuevo continente. Cuando los Reyes Católicos coronan la Reconquista y realizan la unidad católica de España, edita Cisneros, a su sombra, la Biblia políglota de Alcalá.

¿Quién iba a decir ¡oh virajes de la Historia! que en ese siglo XVI, tan maravilloso, lleno de conquistadores y de santos –a España me refiero principalmente– el peligro del luteranismo, el temor al libre examen, obligaría a la Inquisición a cerrar nuestras fronteras nada menos que a las Sagradas Escrituras? Quedaron como un coto cerrado para especialistas. Se prohibieron en lengua vulgar. Gracias a que el Señor, en la persona de Santa Teresa desconsolada, le dijo a España: “NO TENGAS PENA. YO TE DARÉ LIBRO VIVO” y suscitó esa pléyade de escritores místicos que en la familia carmelita encuentra su cumbre (¿qué mejor comentarista de las Escrituras que San Juan de la Cruz?), pero que derivan hacia todas las vertientes, dentro y fuera de nuestra patria, cuando se lea en Francia a Santa Teresa de Jesús, al Maestro Ávila, a Fr. Luis de Granada y San Francisco de Sales revista las asperezas de Castilla con sedas de Versalles.

### **La *lectio divina* en los claustros del siglo XIX**

Con todo hay que reconocer que, a partir de estos grandes siglos, la piedad se aparta del manantial escriturístico y bebe en ríos alejados de la fuente, aunque se escriben las vidas de los santos “el evangelio en práctica” (San Ignacio les debió su

conversión), aunque sus meditativos de la Compañía se esfuercen loablemente en servir los textos evangélicos "en libros muy concentrados". En los conventos de clausura, tan adictos al P. Palma, al P. Rodríguez, al P. Lapuente, se llega a prohibir la lectura del Antiguo Testamento, costumbre que se extiende hasta el siglo XIX, aunque no faltan monjas independientes que leen y releen la Biblia en esos grandes tomos bilingües del P. Scío de San Miguel, por los que confieso sentir aún especial simpatía.

Sé de alguna de nuestras venerables que se ha leído de corrido 6 veces la Biblia entera queriendo imitar en eso al gran Orígenes.

En nuestra vecina Francia, donde la renovación litúrgica anticipó sus frutos, encontramos, a fines del pasado siglo y pisando ya los umbrales del nuestro, el ejemplo de santas moniales que dieron testimonio del valor santificante de la *lectio divina*, aún válida en los claustros.

*Sor Isabel de la Trinidad*, por ejemplo (1880-1906), fue un alma querúbrica, llena del espíritu de sabiduría e inteligencia. La oración silenciosa del Carmelo, unida a un profundo contacto con las Epístolas de San Pablo, la llevaron a las cimas de la unión divina. ¡Qué manera de saborear y de vivir el misterio de Cristo, que escrutaba en sus páginas!

*Santa Teresita de Lisieux*, su hermana de Orden, fue una auténtica doctorcita en el comentario de los libros santos, aunque sólo conoció el Antiguo Testamento, clave de su doctrina, a través de un florilegio que copió en el mundo su hermana Celina. Cuando todos los autores espirituales, incluso San Juan de la Cruz, su maestro, la dejaron en la aridez, en una impotencia absoluta, "la Sagrada Escritura y la Imitación —dice— vienen en mi auxilio, en ellas encuentro un maná escondido, sólido y puro. Pero, por encima de todo, es el Evangelio el que me entretiene a lo largo de mis plegarias; saco de ahí todo lo que es necesario a mi pobre alma. Descubro siempre en él nuevas luces, sentidos ocultos y misteriosos". (Historia de un alma. cap. VIII, pág. 174).

Y no puedo menos de citar a una gran benedictina: *Doña Cecilia Bruyère* (1845-1909), la primera Abadesa consagrada de Santa Cecilia de Solesmes (que lo fue a los 25 años). Tuvo ciencia adquirida e infusa, se alegraba de haber recibido una formación similar a la de nuestras antepasadas del siglo IV. Su San Jerónimo fue Dom Guéranger. Su libro predilecto la Santa Biblia, en la que veía "toda la diferencia que hay de lo divino a lo humano". Sabía leerla, bajo la mirada de Dios, "con ojos de esposa" (*in spiritu et veritate*, pgs. 121 y 122) y nos dejó el fruto de su larga *lectio divina* en un libro, único entre los escritos por mano de mujer: "*La vida espiritual y la oración según la Sagrada Escritura y la tradición monástica*".

### Antes y después del Concilio

¡Gracias a Dios! En medio del vértigo de la vida moderna, aún hay monjes y monjas que viven a la escucha de su Palabra. "Esta —anota el Congreso de Abades Benedictinos de 1967— llega al monje por diversas vías: por la Sagrada Escritura, por la Iglesia y la liturgia, por el Abad, por sus hermanos, por los acontecimientos. . ."

Detengámonos a oír una definición de autoridad, muy actual, sobre el tema que nos interesa: "la búsqueda de Dios en la palabra escrita —dice la proposición 19—

c) Constituye el fin de la *lectio divina*, uno de los medios más comunes y característicos contenidos en la tradición monástica.

d) Tiene por *objeto primordial* la Sagrada Escritura, pero engloba también, con mucha amplitud, los Padres, la tradición, los ejemplos y la doctrina de los santos, la viva reflexión de la Iglesia en el transcurso de los tiempos. Es decir que sobrepasa, aunque utilizándolos, si preciso, la información puramente humana, el trabajo, propiamente científico, teológico o pastoral.

e) Reclama una información adecuada y las condiciones concretas que le permiten ser practicada habitualmente como una *lectura orante*, apacible y asidua, vivida en la fe y en el amor”.

Esta es la lección sacra que hace “hombres de Dios”, empapados en su presencia y capaces de irradiarla.

Como guiado por el Espíritu Santo, el Concilio ha querido volver a ella y sobre todo a su *objeto primordial*. Aunque los sepan de memoria, permítanme recordar los textos de la *Constitución dogmática sobre la Divina Revelación*, que evocan todo el sentir de San Jerónimo:

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra como del cuerpo de Cristo sobre todo en la Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la tradición, como la regla suprema de su fe. . . (cap. VI, 21). Por tanto — ¡oh qué dichosa deducción! — “es conveniente que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura. . . No sólo han de sumergirse en ella los que detentan legítimamente el ministerio de la palabra, sino que el Concilio exhorta, *con vehemencia* a todos los cristianos, *en particular a los religiosos* a que aprendan ‘el sublime conocimiento de Jesucristo’ (Fil. 3,8) con la lectura frecuente de las Divinas Escrituras. Porque LA IGNORANCIA DE LAS ESCRITURAS ES IGNORANCIA DE CRISTO (Hier. Com. in Is. Prol. PL 24,17). Líguense pues gustosamente al mismo sagrado texto, ya por la sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual. . . Pero no olviden que deben acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura, para que se entable diálogo entre Dios y el hombre, porque ‘a El hablamos cuando oramos y a El oímos cuando leemos las palabras divinas’ ” (S. Ambrosio, De officiis ministerium I. 20,88 PL 16,50).

Tuvo naturalmente, nuestro Decreto “Perfectae Caritatis” que recoger la alusión tan directa a los religiosos y sustituyó la lectura *frecuente* de las Escrituras por la *diaria*, a fin “de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma” (Cf. PC. 6). Es pues la *lectio divina* uno de los ejercicios cotidianos, propios de la vida contemplativa, que han de ser mantenidos fidelísimamente, junto con el apartamiento del mundo (Id. 7).

Todos tenemos experiencia del fruto que han dado estas normas en nuestras respectivas Ordenes. El P. Abad Primado Dom Remberto Weakland, decía en la apertura del Congreso de Abades benedictinos de 1973: “¿Qué leen los monjes en su *lectio divina*? La respuesta es invariable: *la Biblia*. Entre nosotros se ha acrecentado un verdadero *amor* a la Sagrada Escritura. Probablemente los autores clásicos y monásticos han sido un poco dejados de lado, pero la ganancia adquirida por la frecuentación de la Sagrada Escritura es positiva. Este nuevo *amor* es también el

resultado de la renovación litúrgica y del empleo frecuente de las Escrituras en la proclamación de la Palabra". (CUADERNOS MONASTICOS, Año IX, n°30, pág. 491).

Obra de responsabilidad personal, difícil de controlar desde fuera, es la *lectio divina*. Debe ayudarnos a cultivarla y a perseverar en su amor, no sólo el convencimiento de nuestro provecho personal, con ser tan grande, sino el afán de contribuir al deseo apostólico de la Iglesia de que "con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados la palabra de Dios se difunda y resplandezca (2 Tes 3,1) y el tesoro de la revelación, que le ha sido confiado, llene más y más los corazones de los hombres".

Imitemos a la humildísima Virgen María que, en la hora de su exaltación, magnificó al Señor con las palabras bíblicas, que Ella se sabía de memoria y que desbordaron de su corazón. Si nuestros Monasterios rebosan de esas aguas de Siloé, que manan en silencio, fluirán irremediamente hacia la tierra "deserta et inívia et inaquosa". Como fluyeron en Belén y en Monte Casino, como corrieron en Claraval, como se han derramado de Solesmes, de Kentucky, de Monserrat... ¡Es Cristo mismo el que nos invita! "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno" (Jn 7, 37-38). "Señor ¿a quién iremos, sino a Ti? Tú tienes palabras de vida eterna". (Jn. 6,68).